

Sobre el nuevo orden mundial y la posición de Europa

Joaquín López Pascual
y Salvador Cruz Rambaud

En los momentos actuales, son pocos los analistas que dudan de que nos enfrentamos a una ruptura, con letras mayúsculas, del orden internacional imperante desde el término de la Segunda Guerra Mundial allá por 1945. La incertidumbre geopolítica, la creciente fragmentación económica global, la obvia ruptura del multilateralismo y la quiebra del derecho internacional están tensionando la comunidad mundial, provocando una situación sin precedentes, de tal forma que el escenario geopolítico actual y sus riesgos son de tal magnitud que nos sitúan ante un nuevo orden mundial profundamente incierto.

En consecuencia, estamos asistiendo a un claro y previsible reparto de áreas de influencia entre las principales potencias, singularmente Estados Unidos, China y Rusia, y a un auge de los movimientos populistas y del proteccionismo extremo en un contexto de clara disrupción tecnológica.

La guerra con Ucrania, el conflicto de Gaza, la intervención de Estados Unidos en Venezuela, la crisis con Irán y el asunto de Groenlandia ponen de manifiesto que hemos entrado en una nueva era de “poder duro” en las relaciones internacionales que, incluso, podría abrir la puerta a nuevas intervenciones militares estadounidenses en el continente americano, además de elevar el riesgo de que otros actores puedan sentirse más legitimados para iniciar conflictos bélicos, incrementando incluso el riesgo de proliferación nuclear en nuevos países.

Este nuevo orden mundial parece apuntar a un *revival* de los países considerados como potencias y grandes imperios, pasando del “viejo mundo”, precursor del multilateralismo, a un orden caracterizado por “la ley del más fuerte”.

En este orden de cosas, Europa debe, por supuesto, estar atenta a todo lo que pueda decidir el presidente Trump, pero asimismo debería empezar a preocuparse más por lo que hace o, tal vez, mejor, por lo que no hace. El viejo continente debería hacer de la necesidad virtud y ser consciente de que, en este nuevo contexto, debe actuar con una sola voz, invirtiendo masivamente en su propia seguridad y defensa si no quiere caer en la absoluta irrelevancia en el nuevo orden mundial.

Desde otra perspectiva, los innegables riesgos geopolíticos y la impredecible situación global pueden entenderse como una posibilidad de abrir oportunidades de negocio para las empresas europeas en los nuevos mercados emergentes, especialmente asiáticos, que continuarán mostrando su elevado dinamismo.

Un buen ejemplo de ello lo constituye el reciente e histórico tratado de libre comercio firmado entre India y Unión Europea que permite a ambas potencias reducir su exposición al riesgo ante China y los “vaivenes arancelarios” de la actual política comercial norteamericana. Además, esto permite abrir otros mercados, accediendo, en el caso europeo, a más de 1.450 millones de habitantes y a múltiples

sectores económicos tales como la automoción, la maquinaria, los productos químicos y, por supuesto, Defensa, facilitando la movilidad de profesionales y estudiantes por Europa.

No cabe duda de que este acuerdo es un paso acertado en el diseño de estrategias de diversificación más robustas con nuevos *partners* internacionales. Sin embargo, los cambios que Europa debería afrontar en su proceso de reinversión son más profundos y transformadores, en línea con lo recogido en los informes Draghi y Letta. Hay que tener en cuenta que el actual contexto geopolítico demanda de Europa adopte medidas valientes y necesarias para mejorar su competitividad y productividad en el mundo globalizado.

Un lastre demasiado pesado

Nuestra pérdida de productividad, competitividad y de peso en la economía internacional, derivada de nuestra dificultad endémica de superar planteamientos nacionales y acometer proyectos de dimensión europea, constituyen un lastre demasiado pesado. No es posible para Europa competir sin un único mercado de capitales europeo, que dote de solidez al sistema financiero y bancario, y que sea capaz de competir a escala global, con reducción de burocracia y una flexibilización regulatoria que favorezca el crecimiento y la mejora de nuestro mercado interior y, consecuentemente, de nuestra competitividad internacional.

Para ello, es necesario asumir que determinados sectores tales como Defensa, energía y tecnología son estratégicos para Europa en este nuevo orden mundial y requieren de una fuerte inversión y la canalización de ingentes cantidades de ahorro y capital. Este cambio se exige que sea ciertamente profundo y transformador y que vaya acompañado de la modernización de las infraestructuras y la adopción, por parte de Europa, de tecnologías de nueva generación que le permitan una mayor competitividad internacional.

Este cambio, que inevitablemente debe abordar adaptaciones del estado de bienestar a la nueva coyuntura global, requerirá de medidas valientes que se adopten con el mayor respaldo posible de todas las instituciones y agentes económicos y sociales implicados con el fin de garantizar la viabilidad y relevancia del viejo continente en el futuro.

Europa debería llevar a cabo estos cambios intentando ofrecer, al mismo tiempo, lo mejor de sí misma para lograr mantener, en la medida de lo posible, las mejores relaciones con los Estados Unidos, dada su fuerte dependencia económica y su histórica relación de amistad y cooperación.

La historia de la humanidad está repleta de desafíos y crisis que han conformado su evolución, y el incierto contexto actual debe ser un revulsivo y un punto de inflexión para que Europa reaccione y cambie su rumbo de forma ágil y rápida. Este nuevo orden mundial, que se encuentra en fase de desarrollo, merece que Europa esté presente con el protagonismo que ha marcado su historia a largo de los últimos siglos.

Catedráticos de Economía Financiera y Contabilidad en la Universidad Rey Juan Carlos y en la Universidad de Almería

